



VIEJO TRAPILLO

Todavía, perdura en mi memoria el ingreso en el internado de Padrón, hecho que aconteció en el mes de septiembre de mil novecientos cincuenta y siete. Un grupo de nuevos internos entre los que me encontraba, ya atrapados por aquel edificio sólido, pétreo y cuadrado, bajamos la escalera de madera que accedía a la ropería ubicada en la planta baja del edificio, todos en silencio, cabizbajos y llenos de incertidumbre nos plantamos delante de la puerta; después de tocarla y pedir permiso de entrada, accedimos al interior de la habitación, donde sobre mesas se almacenaban los montones de uniformes a repartir entre los recién llegados, en breve íbamos a sufrir la tremenda mutación de huérfanos a internos.

Allí, nos recibió, una señora de vestido enlutado, de escandaloso pelo blanco albino y aparatosas gafas de cristales negros, tan interna como nosotros y que empezamos a conocer como «La señorita», mujer que desde su mundo de oscuridad, de sombras difusas y desde la frialdad de su carácter, con su voz cascada y el despotismo de su lenguaje, nos anunciaba después de mirarnos como si fuéramos objetos extraños... «Para ti, la talla doce» y mientras nos entregaba el nuevo uniforme, un lote compuesto de chaqueta, pantalón y una camisa gris como complemento, nos anunciaba solemnemente... «A partir de ahora serás el nueve». Número que de forma indeleble estaba grabado en el cuello de la chaqueta, número con el que nos identificábamos, nos distinguíamos y nos distinguían en la jerga habitual del internado; número, que en multitud de ocasiones, sustituía al nombre, al apellido e incluso al mote. Recuerdo que cuando te recibí en mis manos, eras de corte sencillo, piel grisácea y acartonada, al conjunto en el internado se le conocía como el «Trapillo».

Desde ese mismo momento, Trapillo del alma te convertiste en mi segunda piel y en mi mejor amigo y compañero; me acogiste en los momentos de tristezas y alegrías, me protegiste de las inclemencias del tiempo, del frío, de las lluvias incluso de tímido calor gallego y del tórrido madrileño; fuiste mi almohada en las siestas en Santiaguíño de monte, en el Campo Latorre o en el Prado; también mi mantel en las meriendas y acampadas, mi capa en las peleas de espadas y mi falda bien anudada por las mangas en mi cintura, cuando el calor apretaba; sufriste con entereza aquellos cosidos con hirientes alambres de metal de tus botones grises de pasta, y guardaste con celo aquél chicle que pegábamos durante semanas por debajo de tu solapa; tus bolsillos chaqueteros siempre escondieron objetos prohibidos, los primeros cigarrillos y sus restos las «pavas», las quinielas, el secreto escrito, etc. Mientras que los bolsillos de los pantalones en ocasiones albergaban la comida no deseada, los caramelos sugus que con gran esfuerzo comprábamos al camello de chucherías; tú, Trapillo, luciste

con orgullo en tú pecho los honores de mis escasas medallas, sobre todo de orden y limpieza.

Y así, iniciamos nuestra andadura por los diferentes internados que conocimos, juntos pasamos tiempo en las clases, en los estudios, en los exámenes donde en el puño de tu manga escondía mis inocentes chuletas, compartiendo el éxito o el fracaso de las notas; fuiste compañero en los recreos entre carreras, partidos de fútbol y otros juegos; me acompañaste en los días de rezos, procesiones y plegarias, sufriste con resignación y alegría los castigos y perdones; como fiel amigo estuviste a mi lado en los días tediosos de paperas, gripes y tosferina; también en las horas de sueño e insomnio permaneciste a mi lado en el silencio del dormitorio callado y postrado al pie de mi cama, recuerdo como te reíste aquella mañana cuando te comenté contrariado que había tenido que dormir toda la noche en posición fetal y me aleccionaste sobre la novatada de «la petaca». Tuve mi etapa de monaguillo y sonreías mientras me observabas mis movimientos al pie de la imagen de la Inmaculada, jocosamente me comentabas que parecía un pequeño Papa. Me acompañaste en los momentos de paseo y ocio en aquellas salidas del internado bien ganadas por mejores notas. Finalmente, como fiel compañero, me acompañaste en mí peregrinar por las largas cabalgadas entre y durante los nueve años que duraron para mí los internados. Después, nos separamos casi ni me despedí de ti, aunque unos versos de la poesía compuesta por el Páter Cuevas, dice que sí lo hice...

Viejo trapillo mi mejor compañero
Pronto presiento que te voy a dejar
Un uniforme muy fardón y elegante
Me espera en el Pilar.
Adiós mi viejo trapillo
Que aquí te quedas muy a mi pesar
Yo preferiría tener a mi lado siempre
Para recordar.

Lo dice la poesía y es cierto, quedaste en mi recuerdo, casi etéreo, liviano, intangible, en estado de hibernación a la espera de mi regreso y aun así, me fuiste fiel hasta en el olvido y no fue un olvido deseado, ni previsto, no, fueron los años de la vorágine de la vida, de la sociedad pura y dura, de la familia, de los hijos, del trabajo etc. En esos azarosos años, solo me empeñaba en vivir y en ocasiones en sobrevivir, en procurar un bienestar a mi familia y un futuro a mis hijos; fueron los años duros de sacrificio, de las glorias y miserias, de esfuerzos bien apren-

didados en los internados; pero como siempre detrás de la tempestad social y laboral, vinieron los años de calma, y con ella la plena madurez, el descanso del guerrero, el alto en el trabajo, de nuevo la familia que creció, afortunadamente llegaron los nietos, en consecuencia, logré el ansiado tiempo para descansar y reflexionar sobre el pasado, el presente y el futuro. El tiempo no ha pasado en balde y debo reconocer que hasta ahora aunque la vida, gracias a Dios, me ha tratado bien, lo cual no significa que el paso de los años no haya dejado en mi las huellas naturales de sus exigencias, así hoy estoy algo más pesado, con el pelo níveo y más escaso, con generosos surcos en mi piel, en definitiva con más años, aunque mental y socialmente mantengo unos parámetros de cierta inquietud y vida. No obstante, mi nuevo estado social, me obliga a reinventarme la vida y recomponerla como alguien que monta un puzzle. Lo intento.

Hoy es una de esas tediosas tardes de invierno, me encuentro sentado delante del ordenador navego en un mar sin olas, ni viento ni velas; paso de página en página y como un espléndido truco de magia, de golpe y porrazo aparece delante de mí la página de la AHE, nervioso me hundo en ella y surge una cascada de burbujas y recuerdos, veo, visualizo, reconozco y me emociono al ver retratado mi pasado, los centros donde estuve internado, los amigos y compañeros, las historias, los libros, los reportajes de los días del Pínfano/a, las noticias, pienso y agradezco a esos esforzados fundadores y organizadores continuadores incondicionales de la gran iniciativa de la AHE y su gran objetivo de guardar el pasado, para vivir mejor nuestro futuro. Gracias.

Entre tanto recuerdo, de nuevo nos reencontramos, apareciste tú trapillo mi fiel y querido compañero, fue un encuentro en imprevisto y en silencio, el uno frente al otro, nos reconocimos al instante, aunque tú estabas algo más cambiado, te has hecho mayor, ahora como Trapillo, presentas dos partes la física que tiene forma, porte y color y la emocional con verso y música; pues bien esta vez apareciste acompañado por el páter Cuevas el creador de tu poesía y por el coronel Grau que puso notas musicales a los versos, pienso que aunque son dos partes diferentes en su conjunto son un todo que te dan una nueva personalidad a ti querido Trapillo, también estabas acompañado como no por la AHE. En grupo caminabais a los alegres y emocionantes sonos de tu marcha militar. Parecía casi imposible, pero sucedió, pudimos gracias a la Asociación asistir a la ilusión del reencuentro contigo y con los compañeros y compañeras, también la posibilidad de darnos los más sentidos abrazos, reavivando a su vez el sentido de la solidaridad tan escaso en estos turbulentos años que nos está tocando vivir.

Así es querido Trapillo. Volvimos a reencontrarnos, no importando los años de ausencia, ni el físico, ni las obligaciones, hoy prevalece el presente y nos espera un ilusionante futuro, otra vez juntos el uno al lado del otro, mi añorado trapillo, te recibo emocionado. Emoción que se eleva al grado máximo cuando en los celebrados días del pínfano/a al final de la comida de la despedida, un grupo de entusiastas pínfanos entonamos tu poesía hecha canción, con voces quebradas y lágrimas fáciles, surgiendo en nuestros corazones nostalgias controladas y agradecimientos a raudales, entonces, ese torrente de sentimientos y nostalgias se transforma en un momento de enorme alegría, paz y felicidad.

Esta vez decididamente, no habrá separación, nos hemos vuelto a reencontrar y para siempre, estaremos juntos, en el día a día de nuestras vidas, también en los días gozosos de los pínfanos/as, sin olvidar los actos y celebraciones de las diferentes delegaciones, donde estaremos juntos y felices, haciendo un caminar por el curso de la vida, más hermanados, más ilusionados y sobre todo más solidarios.

No puedo ni debo finalizar este relato, sin brindar un homenaje a todos los uniformes que, como tú, fueron nuestros grandes compañeros en todos y cada uno de los colegios donde sufrimos y disfrutamos unos importantes años de nuestras vidas. También dedicar un recuerdo enorme, entrañable y emocionado al CHOE, esa parte de la historia que nos acogió y que tú, agradecido, le dedicas un sentido y emocionado verso.

CHOE del alma
De infinitos recuerdos
Con tus quimeras, tu morcilla y tu pan
Deja que llegue hasta ti un nuevo pínfano
Que ocupe mi lugar.

Sin él, sin nuestro entrañable CHOE, nuestra singular historia nunca habría tenido lugar.

El relato llega a su fin, el Trapillo y yo nos levantamos perezosamente de la mesa donde hemos mantenido la charla, mientras de fondo resuenan los acordes de la marcha militar, el viejo Trapillo, yo me emociono, tú sonríes y callas, nos abrazamos, no hay prisa por despedirnos, porque a partir de ahora solo existirá un... Hasta mañana.